

Cartas desde Moncloa

EXTRAORDINARIO

CARTAS DESDE MONCLOA

EXTRAORDINARIO

Dentro de la colección

CARTAS DESDE MONCLOA

que os venimos enviando con noticias de la vida del Colegio, hemos preparado este número especial con motivo de una fecha particularmente entrañable para todos nosotros.

El 26 de junio de este año se cumplió el primer aniversario de la marcha al Cielo de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y primer Presidente General del Opus Dei. Nos ha parecido imprescindible haceros llegar a todos el recuerdo que cada uno de los de Moncloa guardamos del Padre.

Al poner por escrito algunas de las enseñanzas del Padre —así le llamábamos familiarmente en la residencia— estimamos interpretar los deseos de todos los que hemos tenido la suerte de escuchar su magisterio vivo en las diversas ocasiones en que Mons. Escrivá de Balaguer estuvo con nosotros. Sabemos que la sonrisa amable del Padre y sus preciosos consejos permanecen imborrables en el corazón de cada uno. Pensamos que es señal de amor filial rendir un homenaje, aunque modesto, a quien con su cariñoso desvelo ha hecho posible la realidad de esta residencia de la Moncloa.

La historia de Moncloa está profundamente unida a la vida de Mons. Escrivá de Balaguer. Desde el comienzo de su labor pastoral, y de modo especial más tarde, cuando Dios Nuestro Señor puso en su alma la semilla del Opus Dei, la dedicación a la formación de estudiantes universitarios fue una de las constantes de la actividad del Padre, juntamente con su intensa atención pastoral en los hospitales y barrios pobres de Madrid. Fruto de esta dedicación son las primeras residencias universitarias dirigidas por el Opus Dei en las calles Ferraz y Jenner, allá por los años treinta, que maduraron más tarde —en cierta ocasión nos dijo que algún día sabríamos con cuánto sacrificio— en la residencia universitaria de la Moncloa. Después nacerían multitud de residencias en los cinco continentes. Su espíritu es el mismo que se vive en todas las obras corporativas del Opus Dei, dirigidas a la formación cristiana de todo tipo de personas.

MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER DURANTE UNA TERTULIA CON LOS COLEGIALES DE MONCLOA EN LA SALA DE ESTAR DE LA RESIDENCIA EL 24 DE OCTUBRE DE 1972. ESTA PRIMERA RESIDENCIA DIRIGIDA POR EL OPUS DEI ES FRUTO DIRECTO DE SU ORACIÓN, DE SU TRABAJO Y DE SU CELO POR LAS ALMAS.



El afán apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer, su buen humor, su espíritu de oración y de sacrificio, su amor al trabajo, y todas las virtudes, que vivía en grado heroico, son otros tantos caminos que, aprendidos al comienzo en la más viva convivencia, hemos procurado mantener abiertos para que discurra por ellos la vida misma de la residencia.

La especial dedicación del Padre a Moncloa era consecuencia del particular cariño que guardaba hacia esta primera residencia, fruto directo de su celo por las almas. La última vez que estuvo con nosotros fue el 18 de mayo de 1974, poco antes de su segundo viaje a América. Aquel día consagró el altar del oratorio del Colegio; fue una ceremonia entrañable con los residentes de entonces y muchos de los antiguos. Al terminar la ceremonia litúrgica, el Padre nos dirigió unas palabras; habló de amar la libertad de los demás; libertad que, si es auténtica, va unida a la responsabilidad personal. Decía de sí mismo que era el «último de los románticos», porque amaba y defendía la libertad de los hijos de Dios. Aludiendo a su inminente viaje a América, nos pedía que rezásemos para que su catequesis diera abundantes frutos sobrenaturales en todas las almas. Le ayudaríamos cumpliendo bien nuestros deberes; el que tuviese novia, queriéndola más y mejor; el que tuviera otros amores, asegurándolos, y el que estuviese casado, queriendo de verdad a su mujer, sacrificándose, sonriendo y cediendo en lo que pudiera.

El Padre se encontraba muy contento siempre que venía a Moncloa. Una vez, al marcharse, le comentó a D. José, sacerdote de la residencia, que con gusto se quedaría entre nosotros. Le gustaba hablar con los residentes; les preguntaba por sus estudios, por sus aficiones, les daba consejos, les gastaba bromas. En una ocasión, a uno de ellos, que tenía un brazo escayolado, le dibujó un pato sobre la escayola, aludiendo a la necesidad de ser audaces, como los patos, que aprenden a nadar tirándose al agua.

Este conjunto de entrañables recuerdos y realidades, nos han movido a transmitir algunos textos en los que se evidencia algo del atractivo humano y de la visión sobrenatural que fueron constantes en su vida y que pudimos percibir cuantos en alguna ocasión nos acercamos a él.

Transcribimos aquí palabras que son consecuencia de su constante atención a la vida universitaria, de la que el Fundador del Opus Dei tenía una experiencia rica y directa. También algunos rasgos de su incesante catequesis cristiana, sin los que no se comprendería en toda su amplitud el espíritu que informa tantas labores universitarias promovidas por el Opus Dei en el mundo entero. Finalmente, dejamos constancia de algunos de los innumerables testimonios que personalidades de la vida eclesiástica o civil han presentado en torno a su figura en estos últimos meses.

Nuestro deseo es que la consideración de estas palabras nos mueva a propósitos concretos de mejora, como nos movieron en esta o aquella ocasión memorable que cada uno guarda, cuando las oyó —¡con cuánta vibración!— de sus propios labios.

La fidelidad a este espíritu marca el desarrollo posterior de esta labor que desde el comienzo tiene afán de perennidad. Así se ha puesto de manifiesto en la elección de D. Alvaro del Portillo como segundo Presidente General del Opus Dei. Así será también, con la ayuda de Dios, en esta parcela concreta que la Moncloa significa, donde nos cabe la responsabilidad, si se puede hablar así, de haber recibido *en mano* el legado de la doctrina y el ejemplo de quien en verdad podemos llamar el Padre.

Con dolor y esperanza ponemos ahora bajo su intercesión esta labor universitaria de formación que el Padre vio nacer y que tanto debe a su oración, para que siga dando a la Iglesia, a la Universidad y a la sociedad entera los frutos que siempre esperó de nosotros.



RESEÑA BIOGRAFICA

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España) el 9 de enero de 1902. Recibió la ordenación sacerdotal en Zaragoza el 28 de marzo de 1925.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, fundó el Opus Dei, que ha abierto a los fieles un nuevo camino de santificación en medio del mundo, a través del ejercicio del trabajo profesional ordinario y en el cumplimiento de los propios deberes personales, familiares y sociales, siendo así fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Mons. Escrivá de Balaguer, fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950.

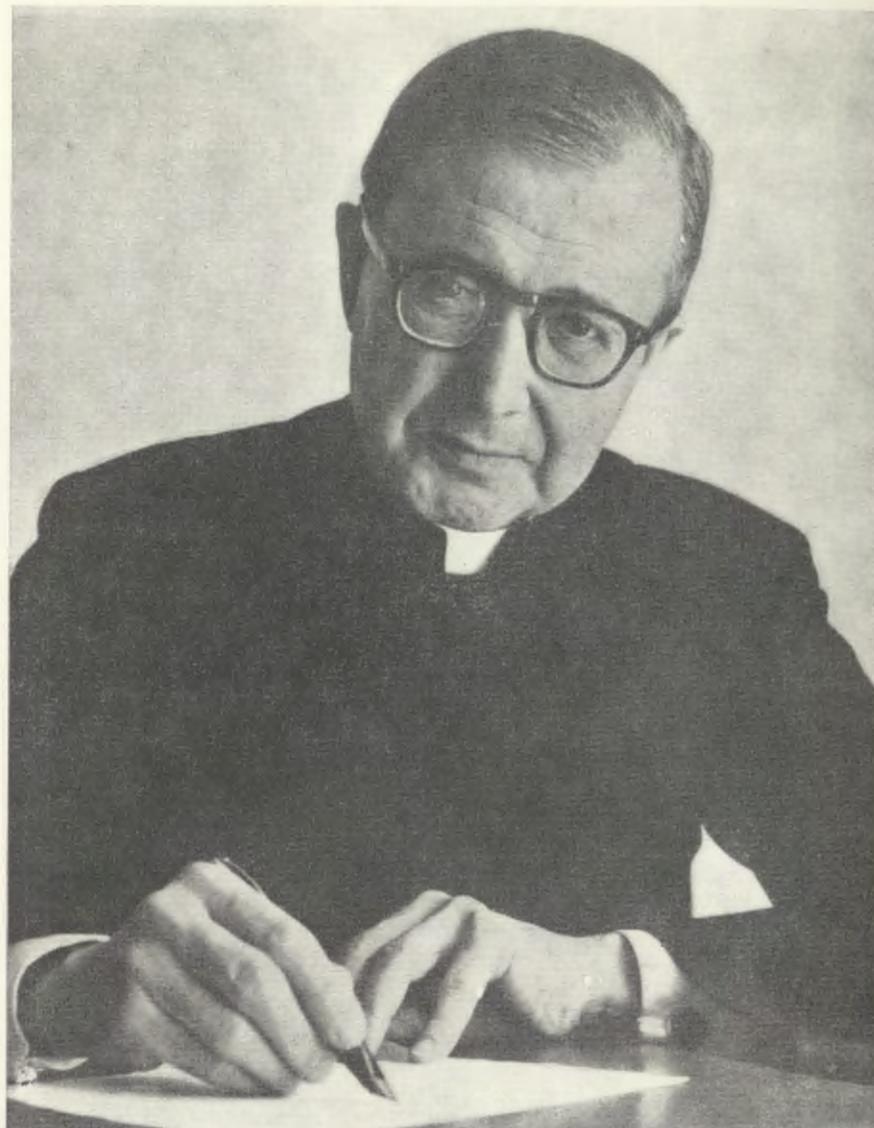
Con oración y penitencia constantes, con el ejercicio ejemplar de todas las virtudes, con amorosa dedicación e infatigable solicitud por todas las almas, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de cuarenta y

siete años: en la actualidad está extendido en los cinco Continentes, con más de 60.000 socios de 80 nacionalidades.

La Santa Misa era la raíz y el centro de su vida interior. El hondo sentido de su filiación divina, mantenido en una continua presencia de Dios Uno y Trino, le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Mons. Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y por el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei.



CARTA DEL PADRE

El año 1968 celebró la residencia su veinticinco aniversario. Con este motivo, y contestando a una carta que le habíamos escrito, Monseñor Escrivá de Balaguer nos envió la que transcribimos, que refleja su acción de gracias por tantos años de fructífero trabajo, en el que se entrelazan afanes humanos y sobrenaturales, que él mismo había comenzado con tanto esfuerzo.

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás

Roma, 14 de marzo 1968

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a todos esos hijos!

He agradecido muy de veras vuestra afectuosa carta, en la que me anunciáis la celebración de los 25 años de la Residencia de La Moncloa.

Este aniversario es un motivo más de acción de gracias a Dios Nuestro Señor, que ha bendecido tan abundantemente nuestro esfuerzo y nuestro trabajo, y ha hecho posible que esa queridísima Residencia sea un instrumento maravilloso para el bien de tantas almas, de la Universidad y de la sociedad entera.

Mi alegría es grande, y aún sería mayor si pudiera acompañaros personalmente. No dejaré de hacerlo con mi oración, pidiendo a la Santísima Virgen que alcance para vosotros, de su Hijo Jesús, abundantes gracias del cielo.

A todos -a los Directores de la Residencia, a los residentes, antiguos y actuales, y a todas vuestras familias- os envía su más cariñosa bendición

*in domino
Josemaría*

ES CONSTANTE EN LA PRE-DICACION DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER LA APRECIACION DEL VALOR SOBRENATURAL QUE ENCIERRA TODO AFAN HUMANO NOBLE,

que enriquece la vida del que lucha por hacerlo realidad y que contribuye a hacer una sociedad más feliz, más justa, mejor formada e instruida y, en definitiva, mejor dispuesta a hacer realidad las exigencias de la Fe y del Amor.

De modo especial resaltan estos valores sobrenaturales en el trabajo profesional. Desde el trabajo humilde y silencioso del obrero manual, hasta la labor investigadora del científico, pasando por las tareas, llenas de cariño, de un ama de casa, todas ellas son, y así nos lo ha hecho ver el Fundador del Opus Dei, caminos de santidad en los que el cristiano corriente no sólo contribuye al bien de la humanidad, sino que colabora en la misión redentora de Jesucristo, para hacer de la realidad transformada por su trabajo un presente grato a Dios.

Nos interesa de un modo especial lo que para nosotros es la ocupación actual y el eje de la vida del Colegio Mayor: la amplia

SU DESEO DE FORMAR HOMBRES CON VIRTUDES HUMANAS Y CRISTIANAS, BUENOS PROFESIONALES EN LAS DIVERSAS RAMAS DEL SABER, PARA PONER A CRISTO EN LA CUMBRE DE TODAS LAS ACTIVIDADES HUMANAS, LE LLEVÓ A IMPULSAR LA CREACIÓN DE NUMEROSOS CENTROS EDUCATIVOS. AQUÍ APARECE, COMO GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, EN EL ACTO DE INVESTIDURA DE DOCTORES «HONORIS CAUSA» EL 9 DE MAYO DE 1974.



ENSEÑANZAS DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER SOBRE LA TAREA UNIVERSITARIA

realidad universitaria en la que estamos inmersos y a la que tanta atención prestó siempre Mons. Escrivá de Balaguer, igual que a todas las demás actividades humanas nobles.

De su preocupación por este ámbito profesional, de su interés por el valor humano y sobrenatural de la ciencia y la investigación, son reflejo estos párrafos que recogemos como bosquejo de lo que ha sido, desde el principio al fin, su enseñanza sobre este tema.

SANTIFICACION DEL TRABAJO

Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.

Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno. Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos

míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.

[Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, 11.ª ed. Rialp. Madrid (1976), núms. 113-114]

MISION DE LA UNIVERSIDAD

La Universidad —lo sabéis, porque lo estáis viviendo o lo deseáis vivir— debe contribuir desde una posición de primera importancia al progreso humano. Como los problemas planteados en la vida de los pueblos son múltiples y complejos —espirituales, culturales, sociales, económicos, etc.—, la formación que debe impartir la Universidad ha de abarcar todos estos aspectos.

No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado.

La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— sino trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad, y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones.

(Conversaciones, núm. 73)

LA UNIVERSIDAD COMO SERVICIO

Es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu

generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo eso es tarea de la Universidad.

Cuanto reúnan condiciones de capacidad deben tener acceso a los estudios superiores, sea cualquiera su origen social, sus medios económicos, su raza o su religión. Mientras existan barreras en este sentido la democratización de la enseñanza será sólo una frase vacía.

En una palabra, la Universidad debe estar abierta a todos y, por otra parte, debe formar a sus estudiantes para que su futuro trabajo profesional esté al servicio de todos.

(Conversaciones, núm. 74)

EL IDEAL UNIVERSITARIO

El ideal es, sobre todo, la realidad del trabajo bien hecho, la preparación científica adecuada durante los años universitarios. Con esta base, hay miles de lugares en el mundo que necesitan brazos, que esperan una tarea personal, dura y sacrificada. La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana.

Muchas veces esta solidaridad se queda en manifestaciones orales o escritas, cuando no en algaradas estériles o dañosas: yo la solidaridad la mido por obras de servicio, y conozco miles de casos de estudiantes españoles y de otros países que han renunciado a construirse su pequeño mundo privado, dándose a los demás mediante un trabajo profesional, que procuran hacer con perfección humana, en obras de enseñanza, de asistencia, sociales, etc., con un espíritu siempre joven y lleno de alegría.

(Conversaciones, núm. 75)

EL COMPROMISO CIENTIFICO

La Universidad —os decía en otra ocasión solemne como la que hoy celebramos— no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. (...) La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública.

Salvarán este mundo nuestro —permitid que lo recuerde—, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de

bienestar material, sino lo que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta.

(Del discurso pronunciado el día 9.V.74 por el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Mons. Escrivá de Balaguer, en el acto de investidura de Doctores *Honoris Causa*).

DESDE SU JUVENTUD, NUNCA SE ALEJÓ DE LA UNIVERSIDAD NI DE SU LABOR CIENTÍFICA Y EDUCADORA. AL TÉRMINO DE UN ACTO ACADÉMICO: LA INVESTIDURA DE MONS. HENGSEACH Y DEL PROF. LEJEUNE COMO DOCTORES «HONORIS CAUSA» POR LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA.



LE INTERESABAN TODAS LAS ALMAS; SIEMPRE HABLABA PARA TODA CLASE DE PERSONAS, PPOCEDENTES DE LOS MÁS DIVERSOS AMBIENTES SOCIALES, Y A TODOS RESULTABA ASEQUIBLES. MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER DURANTE UNA TERTULIA CON MÁS DE CINCO MIL PERSONAS EN VENEZUELA, EN FEBRERO DE 1975, DURANTE SU ÚLTIMO VIAJE DE CATEQUESIS CRISTIANA POR AMÉRICA.

DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DE SU PASO POR LA TIERRA, MONS. ESCRIVA DE BALAGUER RECORRIÓ MUCHOS PAÍSES DE EUROPA Y AMÉRICA PREDICANDO LA PALABRA DE DIOS EN UNA GRAN CATEQUESIS DIRIGIDA A TODOS

los que, desde las más diversas situaciones de la vida, se acercaban a oírle; un juglar de Dios: así se calificaba a sí mismo la última vez que estuvo con nosotros en la residencia en vísperas de uno de sus viajes a América.

Esta catequesis no fue sino la apertura de su corazón a un diálogo en el que volcaba lo que desde el principio Nuestro Señor le había inspirado: el valor de la oración; la santificación del trabajo ordi-



LA CATEQUESIS DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

nario y del amor humano; el amor a la Iglesia, a la Virgen y al Papa; el valor santificante de los sacramentos... Todos son temas en los que Mons. Escrivá de Balaguer ha insistido desde siempre y que están en el centro de la espiritualidad del Opus Dei.

Sería inútil querer encerrar en unos párrafos la variedad de su predicación, que es reflejo de la riqueza infinita que el Espíritu Santo ha dado a la doctrina de la Iglesia, pero sí podemos ofrecer algunos textos que sirvan para enmarcar ciertos rasgos fundamentales de su enseñanza.

ORACION

Recomendar esa unión continua con Dios, ¿no es presentar un ideal, tan sublime, que se revela inasequible para la mayoría de los cristianos? Verdaderamente es alta la meta, pero no inasequible. El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso.

Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: *¡Oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos,*

mis oídos, mi lengua, mi corazón... ¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono? ¿Qué se cuentan los que se quieren cuando se encuentran? ¿Cómo se comportan? Sacrifican cuanto son y cuanto poseen por la persona que aman.

Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto.

(J. ESCRIVA DE BALAGUER: Homilía *Hacia la santidad*)

TRABAJO

Lo que he enseñado siempre es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales — a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*.

Al recordar a los cristianos las palabras maravillosas del Génesis —que Dios creó al hombre para que trabajara—, nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea. Amamos ese trabajo humano que El abrazó como condición de vida, cultivó y santificó. Vemos en el trabajo —en la noble fatiga creadora de los hombres— no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad.

Por eso, el objetivo único del Opus Dei ha sido siempre éste: contribuir a que haya en medio del mundo, de las realidades y afanes seculares, hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales, que procuren amar y servir a Dios y a los demás hombres en y a través de su trabajo ordinario.

(*Conversaciones*, núm. 10)

EL MATRIMONIO, VOCACION CRISTIANA

El amor puro y limpio de los esposos es una realidad santa que yo, como sacerdote, bendigo con las dos manos. La tradición cristiana ha visto frecuentemente, en la presencia de Jesucristo en las bodas de Caná, una confirmación del valor divino del Matrimonio: *¡fue nuestro Salvador a las bodas* —escribe San Cirilo de Alejandría— *para santificar el principio de la generación humana*.

El Matrimonio es un sacramento que hace de dos cuerpos una sola carne; como dice con expresión fuerte la teología, son los cuerpos mismos de los contrayentes su materia. El Señor santifica y bendice el amor del marido hacia la mujer y el de la mujer hacia el marido: ha dispuesto no sólo la fusión de sus almas, sino la de sus cuerpos. Ningún cristiano, esté o no llamado a la vida matrimonial, puede desestimarla.

Nos ha dado el Creador la inteligencia, que es como un chispazo del entendimiento divino, que nos permite —con la libre voluntad, otro don de Dios— conocer y amar; y ha puesto en nuestro cuerpo la posibilidad de engendrar, que es como una participación de su poder creador. Dios ha querido servirse del amor conyugal para traer nuevas criaturas al mundo — aumentar el cuerpo de su Iglesia. El sexo no es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad.

Ese es el contexto, el trasfondo, en el que se sitúa la doctrina cristiana sobre la sexualidad. Nuestra fe no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano que hay aquí abajo. Nos enseña que la regla de nuestro vivir no debe ser la búsqueda egoísta del placer, porque sólo la renuncia y el sacrificio llevan al verdadero amor: Dios nos ha amado y nos invita a amarle y a amar a los demás con la verdad y con la autenticidad con que El nos ama. *Quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar*, ha escrito San Mateo en su Evangelio, con frase que parece paradójica.

[J. ESCRIBA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, 8.ª ed. Rialp. Madrid (1974), núm. 24]

El matrimonio está hecho para que los que lo contraen se santifiquen en él, y santifiquen a través de él: para eso los cónyuges tienen una gracia especial, que confiere el sacramento instituido por Jesucristo. Quien es llamado al estado matrimonial, encuentra en ese estado —con la gracia de Dios— todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo, y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive.

Por esto pienso siempre con esperanza y con cariño en los hogares cristianos, en todas las familias que han brotado del sacramento del matrimonio, que son testimonios luminosos de ese gran misterio divino —*sacramentum magnum!* (Eph 5, 32), sacramento grande— de la unión y del amor entre Cristo y su Iglesia.

CON UNA ALEGRÍA DESBORDANTE QUE CONTAGIABA A TODOS, AMABA APASIONADAMENTE LA VIDA. AQUÍ APARECE TOMANDO EN SUS BRAZOS UN NIÑO EN EL «CAMPUS» DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA (PAMPLONA, 1967).



Debemos trabajar para que esas células cristianas de la sociedad nazcan y se desarrollen con afán de santidad, con la conciencia de que el sacramento inicial —el bautismo— ya confiere a todos los cristianos una misión divina, que cada uno debe cumplir en su propio camino.

Los esposos cristianos han de ser conscientes de que están llamados a santificarse santificando, de que están llamados a ser apóstoles, y de que su primer apostolado está en el hogar. Deben comprender la obra sobrenatural que implica la fundación de una familia, la educación de los hijos, la irradiación cristiana en la sociedad. De esta conciencia de la propia misión dependen en gran parte la eficacia y el éxito de su vida: su felicidad.

Pero que no olviden que el secreto de la felicidad conyugal está en lo cotidiano, no en ensueños. Está en encontrar la alegría escondida que da la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el trabajo de todos los días, en el que colabora la familia entera; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad; en el aprovechamiento

también de todos los adelantos que nos proporciona la civilización, para hacer la casa agradable, la vida más sencilla, la formación más eficaz.

(*Conversaciones*, núm. 91)

AMOR A LA IGLESIA

El misterio de la santidad de la Iglesia —esa luz original, que puede quedar oculta por las sombras de las bajezas humanas— rechaza hasta el más mínimo pensamiento de sospecha o de duda sobre la belleza de nuestra Madre. Ni cabe tolerar, sin protesta, que otros la insulten. No busquemos en la Iglesia los lados vulnerables para la crítica, como algunos que no demuestran su fe ni su amor. No concibo que se viva un cariño verdadero a la propia madre, y que se hable de esa madre con desapego.

Nuestra Madre es Santa, porque ha nacido pura y continuará sin mácula por la eternidad. Si en ocasiones no sabemos descubrir su rostro hermoso, limpiémonos no-

sotros los ojos; si notamos que su voz no nos agrada, quitemos de nuestros oídos la dureza que nos impide oír, en su tono, los silbidos del Pastor amoroso. Nuestra Madre es Santa, con la santidad de Cristo, a la que está unida en el cuerpo —que somos todos nosotros— y en el espíritu, que es el Espíritu Santo, asentado también en el corazón de cada uno de nosotros, si nos conservamos en gracia de Dios.

¡Santa, Santa, Santa!, nos atrevemos a cantar a la Iglesia, evocando el himno en honor de la Trinidad Beatísima. Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo; eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en el alma de los fieles, para ir reuniendo a los hijos del Padre, que habitarán en la Iglesia del Cielo, la Jerusalén eterna.

(Homilía *Lealtad a la Iglesia*)

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios.

Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillemos y nos alegremos ante el don que Dios nos hace de podernos llamar y de ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte, verdaderamente hijos suyos.

(*Es Cristo que pasa*, núm. 64)

EUCARISTIA. SANTA MISA

La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma

de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos. En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación.

(*Es Cristo que pasa*, núm. 87)

En la Misa, en esta Misa que ahora celebramos, interviene de modo especial, repito, la Trinidad Santísima. Corresponder a tanto amor exige de nosotros una total entrega, del cuerpo y del alma: oímos a Dios, le hablamos, lo vemos, lo gustamos. Y cuando las palabras no son suficientes, cantamos, animando a nuestra lengua —*Pange, lingua!*— a que proclame, en presencia de toda la humanidad, las grandezas del Señor.

Vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos.

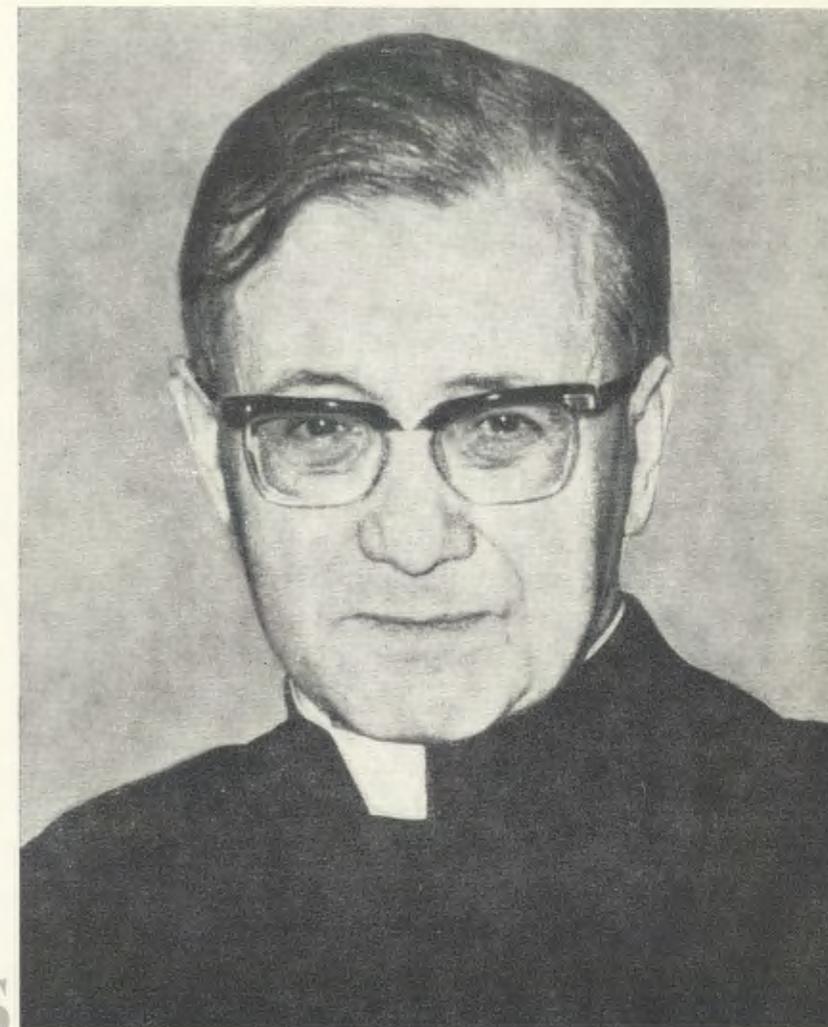
Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros.

(*Es Cristo que pasa*, núm. 87 y 88)

Jesús se esconde en el Santísimo Sacramento del altar, para que *nos atrevamos* a tratarle, para ser el sustento nuestro, con el fin de que nos hagamos una sola cosa con Él. Al decir *sin mí no podéis nada*, no condenó al cristiano a la ineficacia, ni le obligó a una búsqueda ardua y difícil de su Persona. Se ha quedado entre nosotros con una disponibilidad total.

Cuando nos reunimos ante el altar mientras se celebra el Santo Sacrificio de la Misa, cuando contemplamos la Sagrada Hostia expuesta en la custodia o la adoramos escondida en el Sagrario, debemos reavivar nuestra fe, pensar en esa existencia nueva, que viene a nosotros, y conmovernos ante el cariño y la ternura de Dios.

(*Es Cristo que pasa*, núm. 153)



TESTIMONIOS SOBRE EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

Tras el fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer muchas personalidades de todo el mundo —eclesiásticas, universitarias, de la opinión pública, etc.— sintieron la urgencia de hacer público el recuerdo que guardaban de su vida, de sus virtudes, de su afán de almas, y de tantas cosas que por respeto a su humildad no manifestaron mientras él vivía. Fue constante esa actitud suya de rechazar el halago, para dar toda la gloria a Dios.

Ahora, sin embargo, sería una falta de justicia no publicar lo que, para estímulo de todos y para el bien de las almas, es preciso que todos conozcan: el ejemplo de santidad que Mons. Escrivá de Balaguer dio con su vida.

Ofrecemos, con la limitación que impone la falta de espacio, una selección de algunos de los numerosísimos testimonios aparecidos en la prensa de todo el mundo.

Por su especialísima importancia transcribimos completo un artículo —publicado en *L'Osservatore Romano*— escrito por D. Alvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei. D. Alvaro ha estado cuarenta años al lado de Mons. Escrivá de Balaguer, compartiendo esfuerzos, penas y alegrías; en su artículo refleja la incalculable trascendencia de ese rastro imborrable de luz y alegría que ha dejado en el mundo el Fundador del Opus Dei.

El ser y sentirse trabajador, la experiencia del valor redentor del trabajo, daba a monseñor Escrivá de Balaguer aquel señorío propio de las almas grandes. Trataba de igual modo, con el mismo corazón, con idéntico cariño y delicadeza, a un eminente hombre de ciencia que a una mujer de la limpieza o a un campesino de cortas letras. Su mirada amabilísima para todas las profesiones honestas estuvo siempre unida al fuego que nacía de su alma sacerdotal. Le gustaba repetir que un sacerdote ha de tener, como Cristo, los brazos abiertos para que en ellos tengan cobijo todos los hombres, sin discriminación alguna. Y monseñor Escrivá de Balaguer fue fuego que encendió en la paz, en la alegría interior, a millares de personas, con la humildad y el trabajo de un borrico de noria.

En Mons. Escrivá de Balaguer encontramos una realidad indiscutible: la proclamación de la llamada divina a la santidad de todos los fieles —sacerdotes y laicos—, insistentemente recordada en su predicación oral y escrita, y luego sancionada de modo solemne por el Concilio Vaticano II, ha suscitado una oleada de respuestas generosas y comprometidas, particularmente en el laicado. ¿Por qué?, repito. Si atendemos a su doctrina y a su modo de actuar, vemos que basa toda su espiritualidad en el Evangelio y toda su obra —el Opus Dei— en el respeto a la libertad personal y responsable y en la valoración cristiana de la vida ordinaria, como lugar de encuentro con Dios y de testimonio de fe y de amor a los hermanos.

ARRIBA
Madrid, 26-VI-76
JUAN HERVAS
Obispo de Ciudad Real

PUEBLO
Madrid, 26-VI-76
EL MARQUES DE LOZOYA

ABC
Madrid, 26-VI-76
JOSE-VICENTE TORRENTE

HOJA DEL LUNES
Pamplona, 21-VI-76
ENRIQUE DELGADO
Arz. Dim. de Pamplona

Josemaría Escrivá de Balaguer, a quien me encomiendo en cuerpo y alma, ha sido un hombre providencial que un día veneraremos en los altares. Un Fundador egregio, un humilde servidor de Dios y de los hombres, un Apóstol que ha recorrido el mundo confirmando en la fe a cientos de miles de personas: un «sembrador de paz y de alegría», como, con encendido elogio, dijo la Santa Sede acerca del Opus Dei y de sus socios.

A partir de 1928 reúne en torno a sí a un grupo de discípulos a quienes les dice, día a día, que se tienen que salvar «en medio del mundo a través del ejercicio del trabajo profesional ordinario»; «en medio del mundo, cumpliendo sus propios deberes personales, familiares y sociales», con el más exquisito respeto a su libertad en los temas temporales. El trabajo humano, viene a recordar Escrivá, de la mano del Evangelio, completa la creación y al mejorar al mundo mejora al hombre que lo realiza.

La legión de sacerdotes formada por monseñor Escrivá no predica otra cosa que Evangelio, Evangelio y Evangelio. Junto a ellos, que son minoría, están los muchos miles de laicos que, con el mismo espíritu y fidelidad al magisterio de la Iglesia, desempeñan las más variadas ocupaciones temporales como otros católicos cualesquiera.

Pienso que su secreto, la razón última de la huella profunda que ha dejado en nuestro tiempo, está en que era un hombre con intensa vida interior y un hombre que sabía querer. Su profundo amor de Dios, su cristianismo vivido heroicamente pero sin alardes, su sentido de filiación divina y el enorme afán de almas que tenía eran un ejemplo vivo que movía el alma de cuantos le han conocido, de quienes le han escuchado o han leído sus escritos. A ello se añadía el gran cariño por todos, cariño de padre y de madre, que provocaba espontáneamente una correspondencia de amor. Siempre tuvo los brazos abiertos a cuantos a él se acercaron, sin distinguir razas, clases sociales, credos o posturas políticas, como consecuencia de su caridad desbordante y de su gran amor a la libertad personal. Todos encontraron en él la palabra sobrenatural que mueve, la mirada afectuosa, el consuelo, la comprensión y el impulso.

GACETA ILUSTRADA
Madrid, 4-VII-76
FRANCISCO ANSON

EL PAIS
Madrid, 26-VI-76
ANTONIO FONTAN

CORRIERE DELLA SERA
Milán, 9-XI-75
Card. FRANZ KÖNIG
Primado de Austria
Presidente del S. P. para los no creyentes

LOS DOMINGOS DE «ABC»
Madrid, 27-VI-76
JAVIER ECHEVARRIA
Secretario General del Opus Dei

Además, ahora, al año de su falta, su figura se despega del entorno inmediato de una biografía privada para ocupar el destacado lugar que le corresponde en la historia de la Iglesia y de la espiritualidad cristiana. Sin dejar de ser legítima herencia de los suyos, los hombres y mujeres del Opus Dei, entre los que tengo el honor de contarme, monseñor Escrivá ha entrado a formar parte del patrimonio común de los cristianos. Finalmente, los españoles y toda nuestra cultura nacional, que fueron su ambiente originario y el marco de la formación e inicial despliegue de su personalidad, le deben el reconocimiento que merecen los grandes hombres de proyección universal. Con medio siglo de sacerdocio a sus espaldas, miles de discípulos e hijos de su espíritu en todo el mundo, una predicación incansable de palabra y por escrito, una copiosa obra literaria, que se enriquece y continuará enriqueciéndose con la progresiva publicación de sus inéditos, Escrivá de Balaguer ha aportado a la Iglesia y a la experiencia religiosa y espiritual de los cristianos, ideas y realidades llamadas a ejercer una influencia duradera. La fundación del Opus Dei es, ciertamente, la principal empresa de su vida.

La atracción que el Opus Dei ejerce sobre muchas personas se debe quizás a su espiritualidad profundamente laical. Monseñor Escrivá de Balaguer comenzó a predicarla ya en 1928, fecha fundacional de la Obra. Con ello anticipaba mucho lo que después, con el Concilio Vaticano II, se ha convertido en un bien común de la Iglesia. Monseñor Escrivá de Balaguer ha dicho muy claramente a las personas que han seguido su camino que el lugar del cristiano está en medio del mundo; él ha luchado contra el falso espiritualismo, que es casi la negación de la convicción central de la fe cristiana, la Encarnación de Dios.

He pasado muchos años junto al Padre, y me conmueve aquella decisión de no hacer ostentación de su piedad: era algo de esa intimidad suya con Dios, que sólo a los dos pertenecía, y que no dejaba que se desparramase inútilmente. Pero tampoco la ocultaba. Corría a la par que su vida, y la cuidaba mientras rezaba, mientras trabajaba, mientras hablaba con sus hijas y sus hijos, o con personas conocidas y desconocidas. Así se explica el secreto de su garra sobrenatural y humana, su intensa fuerza de persuasión; se entiende su arrojo ante las dificultades —¡y hubo tantas en su vida!—; se comprende su alegría frente a la vida, contando con las penas; y se encuadra perfectamente su manera tan inmensa de querer. ¡Qué bien y cuánto supo amar el Padre!, desde esa entrega total a Dios, que se une a su sacerdotal preocupación por las almas; a los detalles paternos, de familia, interesándose por todos sus hijos, y que exterioriza con los que tiene cerca: cuántas veces me habrá preguntado, ¿cómo va el pequeño?, interesado por un sobrino mío enfermo. Y todo, con la naturalidad de un corazón, que para latir debe amar. Le preocupan las almas todas. Y enciende su oración también por aquellos que se han acercado a la Obra con motivos menos rectos, para causar daño. Por ellos pedía diariamente, con amor heroico, con las mismas plegarias que eleva al Cielo por sus padres: **todos los días rezo, en la Santa Misa, por la Iglesia, por el Papa, por la Obra, por las almas todas, por mis hijas y mis hijos, por los padres de mis hijos y por mis padres y hermanos.** Y en seguida, con un rasgo de humor que desvía cualquier agradecimiento a su persona, añade: **parece un trabalenguas, pero me sale muy bien, porque lo repito todas las mañanas.**

Yo quisiera referirme aquí al hecho de que el Fundador del Opus Dei fue preparando, desde hace muchos años, a algunos de sus hijos para que, ordenados sacerdotes, atendieran espiritualmente a los demás socios y a todas las almas. Eran ingenieros, médicos, abogados, arquitectos, hombres de empresa... Pero a partir de la ordenación sacerdotal —decía— serán «nada más y nada menos, «sacerdotes - sacerdotes», sacerdotes ciento por ciento. Se ordenarán para servir. No para mandar, no para brillar, sino para entregarse, en un silencio incesante y divino, al servicio de todas las almas. Cuando sean sacerdotes, no se dejarán arrastrar por la tentación de imitar las ocupaciones y el trabajo de los seglares, aunque se trate de tareas que conocen bien, porque las han realizado hasta ahora y eso les ha confirmado en una mentalidad laical que no perderán nunca».

Sería difícil encontrar en la historia de la Iglesia un caso semejante, y diría que nos encontramos ante un fenómeno pastoral nuevo. El fundador del Opus Dei, durante los años de su vida, puso al servicio de la evangelización un millar de sacerdotes que, cuando eran seglares, trabajaron con competencia en diversos campos científicos y que después —dijo en una homilía de 1973— «silencian con alegría esa competencia para seguir fortaleciéndose con continua oración, para hablar sólo de Dios, para predicar el Evangelio y administrar los Sacramentos».

Son sacerdotes —de todas las razas y culturas— que conocen los afanes y las preocupaciones de los hombres y hablan su mismo lenguaje. Sacerdotes que conocen la propia tierra y comparten, naturalmente porque es la suya, la mentalidad de los que conviven con ellos. Pero a la vez, sacerdotes de la Iglesia Universal que se saben destinados a todos los hombres y no hacen de la peculiaridad un impedimento de la unidad.

Monseñor Escrivá de Balaguer pasó por el mundo ayudando a desvelar el sentido sobrenatural que todas las cosas y todas las situaciones humanas encierran. El sentido divino de la vida de cada hombre en la tierra, en medio de los quehaceres más corrientes. «No hay otro camino, hijos míos —decía—: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca» (*Conversaciones* n. 114).

El principio que domina la espiritualidad de Mons. Escrivá de Balaguer se resume en esto: presencia del cristiano en el mundo temporal, santificación del trabajo y, por encima de todo, del trabajo profesional. Lo que implica el rechazo de la dicotomía tradicional entre la acción y la oración, lo profano y lo sagrado. La frontera entre estos dos mundos no está en el objeto de nuestros sentimientos y de nuestros actos: pasa por el interior de nuestras almas. Se pueden santificar las cosas llamadas profanas, aplicándose a ellas con amor; se pueden también ¡desgraciadamente! profanar las cosas sagradas, mezclándolas con nuestra mediocridad y con nuestra bajeza, como hacen tantos «devotos» separados del mundo pero encerrados en sí mismos. Todo es puro para los puros; todo es impuro para los impuros.

Sería escandaloso que las actividades que ocupan la tercera parte de la vida de los hombres escaparan al mandamiento que nos empuja a «ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». El trabajo profesional es nuestro camino privilegiado hacia la perfección: no podemos convertirlo en callejón sin salida.

Entre tantos millares de personas que han seguido el ejemplo y la enseñanza de monseñor Escrivá de Balaguer, dos están en camino de ser elevados a los altares: se trata de un ingeniero argentino, Isidoro Zorzano, y de una joven española, Montserrat Grases, de los cuales se me ha dicho que se encuentra en fase avanzada el proceso de beatificación. El sacerdote que les ha abierto el camino de la santidad, está ahora junto a ellos, y los testimonios que de todas partes del mundo y de personas de toda condición han acompañado su piadoso tránsito de esta vida, hacen pensar, también para él, en el día en que será oficialmente declarada la ejemplaridad para toda la Iglesia de su luminoso *Camino* sobre la tierra.

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA ←
Barcelona, 26-VI-76
Card. AGNELO ROSSI
Prefecto de la S. C. para la evangelización de los pueblos

LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA
Madrid, 28-VI - 5-VII
ENRIQUE GUTIERREZ RIOS

LE FIGARO
París, 25-VI-76
GUSTAVE THIBON

AVVENIRE
Milán, 26-VIII-75
Card. SEBASTIANO BAGGIO
Prefecto de la S. C. para los Obispos

LA HERENCIA DE UN FUNDADOR

Por D. ALVARO DEL PORTILLO
Presidente General del Opus Dei

«ME enamora la idea de que la vida es un consumirse, un arder en el servicio de Dios. Y así, gastándonos completamente por El, vendrá la liberación de la muerte, que nos conducirá a la vida.» Así escribía, en unas notas personales de los primeros años de la fundación del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, a quien muchos millares de personas en todo el mundo llamaban Padre, porque se sabían hijos de su oración, de su mortificación y de su corazón sacerdotal. **Consumirse, arder:** El Señor le concedió un cumplimento incluso literal de aquel generoso programa, hasta el detalle de llamarlo a Sí precisamente en su cuarto de trabajo, después de haberse prodigado hasta el último instante en su catequesis sacerdotal, que siempre despertaba deseos eficaces de santidad, de abnegación y de apostolado. La vida de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer ha sido un fuego ininterrumpido de Amor de Dios, alimentado por una lucha ascética sin tregua y por una sed insaciable de llevar almas a Cristo.

Entre sus papeles, he encontrado esta otra nota, fechada el 22 de mayo del año pasado: «Es tan sutil el diafragma que nos separa de la otra vida, que vale la pena estar siempre preparados para emprender ese viaje con alegría». Por lo tanto, su paso a la eternidad no ha sido algo repentino, sino un modo nuevo y definitivo de arder, de continuar el diálogo iniciado en esta tierra por quien en los primeros años de su vida sacerdotal pedía: «Jesús, que yo sea el último en todo... y el primero en el Amor» (*Camino*, n. 430).

El dolor por la separación material de un Padre que nos recordaba que no tenemos «un corazón para amar a Dios, y otro para amar a las personas de la tierra», y que no se cansaba de repetir que «debemos ser muy humanos porque de otro modo no podremos tampoco ser divinos», es imborrable: pero el Padre goza del amor sin fin, y su alegría se desborda sobre los que ha llevado en su corazón, que sienten su presencia aún más cercana que cuando les ayudaba y animaba aquí en la tierra.

EN LAS MANOS DE DIOS «Soy un pecador que ama a Jesucristo», decía de sí mismo Mons. Escrivá de Balaguer. Era la suya la humildad de quien desea ser dócil instrumento en las manos de artista, y se esfuerza por no obstaculizar el trabajo del artífice divino; era el abandono del hijo que se sabe amado por su Padre Dios.

Esta absoluta disponibilidad a los deseos divinos caracteriza toda su vida. A los 15 años **barrunta** —ésta es la palabra que siempre empleaba— que el Señor quería algo específico de él, y la misma decisión de hacerse sacerdote madura en el afán de corresponder a aquel «algo distinto» que el Señor le pedía, y que se había de precisar inequívocamente el 2 de octubre de 1928, cuando el Opus Dei vio la luz. La «prehistoria» de la Obra está entretejida por las invocaciones

Texto íntegro del artículo publicado en «L'Osservatore Romano» de 26-VI-76

apasionadas del Padre, estudiante universitario y luego sacerdote joven, que con las palabras del ciego de Jericó repetía: **Domine, ut videam!**; y que, con las palabras de Samuel, respondía: **Ecce ego quia vocasti me!**, mientras vibraba al grito del Maestro: **Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?**

Recordando los momentos de la fundación y los primeros años de trabajo, el Padre ha escrito: «Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El quien escribe.» Y de nuevo: «El Señor me ha tratado como a un niño: sí, cuando recibí mi misión, hubiera llegado a darme cuenta de lo que me iba a venir encima, me hubiera muerto. No me interesaba ser fundador de nada. Por lo que a mi persona y a mi trabajo se refería, siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones. Porque todas las antiguas fundaciones, lo mismo que las de los siglos inmediatos, me parecían actuales. Ciertamente nuestra Obra —la Obra de Dios— surgía para hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad de almas contemplativas, en medio de todos los quehaceres temporales, santificando todas las tareas ordinarias de esta tierra: poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades honestas en las que los hombres están comprometidos, y amando este mundo, que huía del Creador.»

LA SANTIFICACION DE LO HUMANO

«Lo que a tí te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...

Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos.» (*Camino*, 799). Todas las actividades humanas, el trabajo, la vida familiar y social, se convierten en un lugar de encuentro con Dios, la senda a lo largo de la cual reconocer a «Jesús que pasa».

La teología de la Creación y la teología de la Redención se entrelazan en la concreta vida cotidiana, orientada a Dios y al servicio de todos los hombres: «todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, **operatio Dei, opus Dei**».

Pero, para que esto sea posible, se necesita que el cristiano se empeñe en vivir las virtudes humanas y sobrenaturales: «si aceptamos nuestra responsabilidad de hijos suyos, Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el Cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes...»

He estado durante cuarenta años junto al Fundador, y puedo testimoniar el herois-



MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER SE SOLÍA DIRIGIR A D. ALVARO DEL PORTILLO —ACTUAL PRESIDENTE GENERAL DEL OPUS DEI—, DESDE HACE VARIOS AÑOS, DICIÉNDOLE: «ALVARO, TÚ QUE ME HAS AYUDADO TANTO, AYÚDAME TAMBIÉN A DAR LA BENDICIÓN».

mo con el que se ha empeñado, hasta el último aliento, por crecer en las virtudes, por arder sin residuos, por no ofrecer la mínima resistencia a la gracia, esperándolo todo de la mano amorosa de Dios. Todavía ahora me parece oírle repetir, con profunda convicción: «No tengo nada, no valgo nada, no puedo nada, no sé nada, no soy nada: ¡nada!».

Esta visión profundamente humana y profundamente sobrenatural, le llamaba a inculcarnos esta idea maestra: «¡Convenceos, hijos míos: aquí —en esta vida— todo tiene arreglo! Todo, aún el pecado, que es el único mal verdadero. Porque incluso el pecado —que debemos combatir con todas nuestras fuerzas, confiando en la ayuda divina— encuentra remedio en el Sacramento de la Penitencia, que devuelve la salud al alma y fortifica al cristiano para la lucha». Una peculiaridad constante del trabajo sacerdotal de Mons. Escrivá de Balaguer ha sido la de abrir a las almas los horizontes de la misericordia divina, formándolas en la sinceridad y en la rectitud de conciencia, para acercarlas al Sacramento del perdón que restituye «la libertad y la alegría de los hijos de Dios». Por esto no me ha extrañado, aunque me ha emocionado y he dado gracias a Dios, saber que las Santas Misas celebradas en sufragio de Mons. Escrivá de Balaguer durante estos meses en todo el mundo, han congregado a multitudes inmensas, dando ocasión a innumerables conversiones y confesiones. Es la inagotable fecundidad sacerdotal del Padre que intercede desde el Cielo, para que Dios dé a los hombres la serenidad y la paz de saberse perdonados y amados, confirmándolos en la construcción del Reino.

AMOR A LA IGLESIA Y AL PAPA

En la vida de Mons. Escrivá de Balaguer no han faltado las contrariedades, la oposición, la calumnia, porque no existe santidad cristiana sin la Cruz. La Cruz, que el Padre siempre describía como el trono, desde el que Cristo abre los brazos con gesto de Sumo y Eterno Sacerdote, para apretar contra su Corazón llagado a todos los hombres de todos los tiempos. Ni siquiera en las horas más difíciles la serenidad, la sonrisa y el buen humor han abandonado al Padre, sostenido por un profundo sentido de la filiación divina. Con naturalidad, con visión sobrenatural, con cordialidad humana y con una contagiosa simpatía, se dedicó incansablemente a «ahogar el mal en abundancia de bien».

Su amor a la Iglesia y al Papa se manifestaba en una ilimitada voluntad de servicio, **opere et veritate**: «Me considero el último de los sacerdotes de la tierra, pero al mismo tiempo quisiera que nadie me ganara a amar y a servir a la Iglesia y al Papa, porque éste es el espíritu que he recibido de Dios, que trato con todas mis fuerzas de transmitir a cada uno de mis hijos en todo el mundo... La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado».

UN SECRETO A VOCES

Esta fortaleza, esta lealtad, esta fe, esta alegre disponibilidad sin reservas y sin regateos, son posibles en quien ha encontrado a Cristo. Este es el *secreto* que Mons. Escrivá de Balaguer ha proclamado a los cuatro vientos durante toda su vida: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

—Dios quiere un puñado de hombres 'suyos' en cada actividad humana. —Después... **pax Christi in regno Christi** —la paz de Cristo en el reino de Cristo.» (*Camino*, n. 301).

Para difundir esta llamada, el Señor se ha servido de un sacerdote que no ha enseñado nunca nada que no hubiese experimentado antes en su propia vida, según el ejemplo de Cristo que **coepit facere et docere** (Act. 1,1). Dios, en su amorosa misericordia, ha querido hacer ver a nuestro Fundador, ya en esta tierra, la maravillosa fecundidad de aquella semilla plantada, por mediación suya, el 2 de octubre de 1928: el Opus Dei se ha difundido por todo el mundo, millones de personas de las más diversas razas y condiciones se han acercado a «Jesús que pasa» a través de la catequesis oral o escrita del Padre y del trabajo de sus hijos en los cinco continentes; personalidades de la vida civil y cultural valoran las repercusiones sociales del trabajo espiritual promovido por Mons. Escrivá de Balaguer; teólogos estudian sus riquezas doctrinales; Obispos expresan gratitud por los frutos de vida cristiana que recogen en sus diócesis a través del trabajo apostólico del Opus Dei. Todo esto se trasluce en las innumerables expresiones de pésame que he recibido en estos meses. Tanta participación y tanto afecto me han confortado y conmovido, al hacerme ver la universalidad de los tesoros de gracia que el Señor quiere distribuir a los hombres a través del Opus Dei. En todas partes he encontrado propósitos de renovación interior, de dedicación apostólica, de fidelidad a la Iglesia; y he comprendido que muchos, incluso no cristianos, al calor de la colaboración con las actividades apostólicas del Opus Dei, han captado un destello del amor de Cristo.

Este panorama, ya inmenso, confirma que el campo sembrado por Mons. Escrivá

de Balaguer está en pleno desarrollo y fructificará a lo largo de los siglos, mientras en la tierra haya hombres que trabajen, quieran santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo.

Sin embargo, este hombre de Dios, en la víspera de sus bodas de oro sacerdotales, nos confiaba: «A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando, recomenzando, en cada jornada. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad. Hemos de estar pendientes de El, de sus labios: con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones».

La llamada a suceder a tan gran Fundador sería agobiante si no proviene del Señor que elige lo que no tiene valor, para que así resplandezca mejor la fuerza de su amor (cfr. I Cor 1, 27-29). Nuestro Fundador nos ha dejado un espíritu, «no sólo dibujado, sino esculpido». El 26 de junio de 1975 comenzó para el Opus Dei la época de la fidelidad y de la continuidad, bajo la protección amorosa de un Padre, que ha abierto a todos los hombres «los caminos divinos de la tierra», justamente cuando en estos caminos parecía difícil encontrar las huellas del paso de Dios.



AL TÉRMINO DE UNA TERTULIA —UNA DE ESAS REUNIONES DE CARÁCTER FAMILIAR EN LAS QUE EL PADRE ABRÍA SU CORAZÓN— IMPARTE LA BENDICIÓN A LOS COLEGIALES DE LA MONCLOA. OCTUBRE DE 1972.